

PABLO DEL RÍO

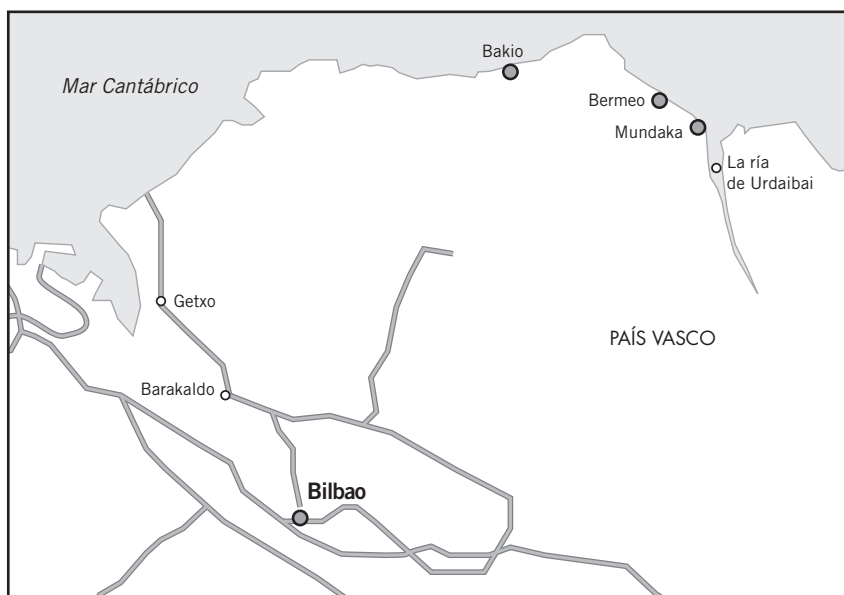
SEIS COCODRILOS

La imaginación es tan peligrosa
como el fuego



MAEVA | NOIR

Escenarios de la novela



Introducción

Seaford, sur de Inglaterra. Septiembre de 2019

LAS OLAS LLEGAN mansas a la orilla, lamen la arena con timidez y regresan de inmediato al océano, como si la altura de los acantilados les infundiera respeto. Una mujer de mediana edad camina por la playa. Lleva una bolsa de tela en la mano izquierda y un pequeño rastrillo en la derecha. Le gusta recoger conchas y piedras curiosas. Hurga en la arena durante un buen rato. Cuando se canse, regresará a casa y se encerrará en el taller que tiene montado en el ático. Durante la tarde, se dedicará a colorear cada pieza reunida de un tono distinto. Luego, echará mano de una tabla de aglomerado y pintará un paisaje marino con acuarelas. Una vez concluida la pintura, pegará las piedras y las conchas en la base del cuadro, intercaladas con flores que ha secado previamente: verónicas, campanillas azules y narcisos. No tiene por costumbre firmar la obra; no se considera una artista. Se limitará a plantarle un marco a la tabla y a introducirla en una caja de cartón, junto con el resto de creaciones. Al llegar el fin de semana, depositará la caja en el maletero del coche y se presentará en alguno de los mercadillos de artesanía que abundan en el condado de Sussex.

Hoy ha habido suerte. Durante la noche, la marea ha arrasado una buena cantidad de conchas y la mujer tiene la bolsa llena. Es el momento de dar media vuelta y regresar al pueblo. Al enderezar la espalda, escucha el ruido de un motor y observa una extraña sombra que cruza la playa. Levanta la vista al horizonte con la esperanza de encontrar un ultraligero, un

dron o quizá un helicóptero de la Guardia Costera. Lo que vislumbra no se le parece en nada a esos artefactos. Diría que es la silueta de un hombre subido a una moto saltando al mar desde los acantilados.

1

Londres. Seis días antes

HARRY SUBE AL baño, se lava las manos y se atusa el pelo, que le sirve de toalla. Le encanta comprobar en el espejo el efecto mojado que permanece en su cabellera sin necesidad de recurrir a productos de estética. Entra en su habitación y abre el armario. Cambia el chándal y las zapatillas deportivas que lleva puestos por un polo de Ralph Lauren, unos pantalones de Hugo Boss y unos zapatos de Moschino. Baja por la escalera de madera, que reproduce el sonoro eco de sus pisadas en una casa de tres plantas y techos altos. Descuelga del perchero una parka Barbour, se envuelve en ella y elige un paraguas negro con mango de piel. Sale de casa, cierra la puerta con delicadeza y cruza el patio, circundado por una verja. Un autobús rojo se detiene frente a él y suelta un par de ronquidos por el tubo de escape que dejan en la acera un tufillo desagradable. Harry aparta la cara y reprime una grosería.

Se encamina a buen paso hacia la estación de metro de Hampstead. Hace transbordo en Leicester Square y se baja en la parada siguiente: Piccadilly Circus. En cuanto pisa la calle, echa una ojeada de inquietud al cielo; por el momento, no llueve en esa zona de Londres, a pesar de que llevan toda una semana con la borrasca encima. Rodea la hilera de gente que hace cola frente al cajero del Barclays.

Sentado en la acera, un hombre crea música de una forma un tanto original: sopla uno de esos conos con bandas de color naranja y blanco que se usan como elemento de señalización en las obras. «Ya tiene mérito sacarle una melodía a un cono de goma

dura», piensa Harry, de modo que echa mano a la cartera y extrae unas cuantas monedas para premiar su osadía. Cuando se acerca al músico con ellas tintineando en la mano, se percata de que al hombre no le acompañan los recipientes habituales que usan los músicos callejeros para recibir los donativos: una caja, una gorra, la funda del instrumento... Su intención es llamar la atención de los transeúntes con el fin de que lean el mensaje que figura en su peto amarillo:

«Deja de financiar el cambio climático con tus ahorros».

Al percatarse de que el hombre no busca dinero, sino agitar conciencias, Harry vuelve a introducir las monedas en su cartera.

Enfila la animada calle de Regent Street y dobla por la primera a la derecha para adentrarse en el Soho. Cruza Carnaby y se planta en Ganton Street. En la acera izquierda, junto a una señal de tráfico de dirección prohibida, distingue una moto negra sin guardabarros delantero y con el baúl morado. Le parece que la moto escolta una tienda cuya fachada está forrada de madera y también pintada de negro. Encima de la cristalera se lee «Joyería Valentine» en un rótulo esculpido con letras voluminosas y grises de textura metálica. Nadie diría que se trata de una joyería hasta ver disperso por el escaparate un repertorio de piezas curiosas. En particular, una colección de anillos diseñados con un aire que roza lo macabro: aros de plata en los que se han engastado cabezas de animales, alas de águila, piedras que simulan ojos... En el muestrario predominan las calaveras, auténtico sello de identidad de la casa, por lo que parece, pues en la mayoría de las joyas aparece alguna. Salta a la vista que en la composición de los collares se han quedado bien a gusto: las tradicionales perlas dejan paso a una ristra de cráneos de un centímetro de grosor. Más que a un escaparate, se asemeja a un osario. El centro de la exposición lo protagoniza un anillo de plata al que le han insertado una calavera siniestra: una serpiente penetra por la cuenca de un ojo y sale por la otra.

Harry enarca las cejas y exhala un suspiro. En modo alguno responden a su gusto ese tipo de alhajas. Se cuelga el paraguas en la muñeca izquierda y entra en la tienda. En el interior le aguarda un pequeño museo de orfebrería devoto de la muerte; al menos, de forma simbólica.

El dependiente lleva pelo largo y lacio, gafas negras de pasta y patillas hasta la garganta. Viste una camiseta negra en la que destaca la cabeza de un conejo sobre la que trepa un escorpión. Del cuello le pende un colgante con una cuchilla de afeitar plateada. Sin levantar la vista de una especie de cuaderno, saluda a Harry desde el fondo del mostrador con gesto esquivo, como si estuviera concentrado en la contabilidad del local y el recién llegado hubiese saboteado sus cálculos.

Harry se acerca a él, hunde la mano en el bolsillo de la parka y saca un anillo de oro con una piedra engastada que parece reproducir un ojo de serpiente. La pupila rasgada y la piedra ribeteada de escamas así lo sugieren. Lo deposita en el mostrador.

El dependiente echa un vistazo rápido al anillo y posa la mirada en Harry. Sus ojos, ampliados por las gruesas lentes, alumbran una mezcla de curiosidad y asombro. Debe de pensar que el estilo de vestir del visitante no concuerda en absoluto con la joya, y mucho menos con su clientela habitual: con toda probabilidad, moteros y músicos de rock, a juzgar por las fotos enmarcadas que decoran las paredes. A Harry no le suena ninguno de ellos. Ese género musical no le infunde la menor simpatía, más bien al contrario: una rabiosa ojeriza.

El dependiente cierra el cuaderno y lo aparta hacia un lado. Se dirige a Harry con una sonrisa hermética.

—No me digas nada. Te han regalado el anillo por tu cumpleaños y no va con tu estilo.

Harry niega con la cabeza.

—Mis gustos no tienen nada que ver —articula con solemnidad, como si empleara letras mayúsculas.

—¿Entonces? —El dependiente frunce el ceño.

—Lo encontré en el parque de Hampstead Heath.

—¿Un anillo de esta casa en Hampstead? Vaya, mis parroquianos se están aburguesando. —Se echa a reír con tantas ganas que traga saliva en exceso y la risa termina en un carraspeo.

Harry hace caso omiso del comentario inapropiado y prosigue con la crónica.

—Apareció en el estanque donde se bañan los perros.

—Vaya, vaya. O sea que lo encontraste dentro de un lago. Ya hay que tener buena vista.

—En realidad fue mi perro.

—Un animal con buen gusto —bromea otra vez el dependiente, que ha renunciado por el momento a la hosquedad inicial.

—Tengo un *golden retriever* y le encanta el agua, así que suelo pasar el rato lanzándole palos al estanque para que haga un poco de ejercicio. El anillo se debió de enganchar en uno de los palos. Me costó reconocerlo; estaba cubierto de fango.

El dependiente sujeta el anillo por el aro y lo gira para apreciarlo desde diferentes ángulos.

—Oro macizo de nueve quilates y la piedra tallada a mano. Esta pieza ronda las cuatro mil libras.

—Lo imaginaba, por eso estoy aquí. Si dispones de un registro, supongo que podrás identificar al dueño y devolvérselo.

—Harry se encoge de hombros—. No me gusta quedarme con lo que no es mío.

—Vaya, eres un tío decente. —En su cara se dibuja una fugaz mueca de gratitud—. ¿Cómo has relacionado el anillo con nosotros? —Escruta a Harry con suspicacia—. Hay miles de joyerías en Londres.

—Tengo una amiga que trabaja aquí al lado, en los almacenes Liberty. Algunos viernes quedamos cuando termina su horario y nos tomamos una pinta en algún *pub* del barrio. —Harry hace un gesto con la barbilla en dirección a la calle—. Ese escaparate no pasa desapercibido.

—Desde luego que no —presume.

—Y lo mismo te digo de la moto. Hace años que la veo aparcada en la acera.

—Esa moto es parte de la historia del Soho, lo mismo que esta joyería.

El dependiente desliza el anillo por el dedo índice hasta que hace tope. Lo enarbola con una sonrisa jactanciosa.

—Queda de lujo, ¿eh? —De improviso, su sonrisa cortocircuita—. No me hace falta consultar el registro. Apostaría diez contra uno a que sé a quién pertenece esta pieza. —Sus facciones se cargan de pesadumbre. Suspira embelesado, con la vista fija en el anillo, al que habla despacio y con un hilo de voz, como si, bajo el brillo mineral, hubiera algún atisbo de vida humana—: Tiraste el anillo al lago, ¿eh, querido Bernie? ¿Y luego te tiraste tú?

—¿Cómo dices? —se inquieta Harry.

—Juraría que el dueño de esta joya es un tipo llamado Bernie Morris. No es mal tío, ¿sabes? Más bien un depresivo crónico. Desde que lo conozco, siempre está con la misma cantinela: «Cualquier día de estos me tiro al mar, cualquier día de estos aparece mi cuerpo flotando en el Támesis...». —Sacude la cabeza con un asomo de preocupación—. Pues igual cambió de opinión y se tiró al lago ese de Hampstead, que debe de tener el agua más templada.

Presa de una desazón repentina, la faz de Harry se contrae.

—¿Crees que ese hombre se puede haber ahogado en el estanque?

—No lo descartaría. En los ratos de bajón, le daba por hacer cosas raras y soltar estupideces.

—Vaya. —Hace una pausa reflexiva—. Aparte de esa idea recurrente de tirarse al agua, ¿le recuerdas algún otro... desbarro?

—Pues ahora mismo... —Tamborilea con los dedos sobre el mostrador durante unos segundos con el fin de espolear su memoria—. Ah, sí. ¡Cómo no! Aquello fue glorioso. —Resopla—. En una ocasión, coincidí con él y un par de amigos suyos en un *pub*. Nos tomamos unas cervezas. No recuerdo el número, no las

contamos, pero te aseguro que no fueron pocas. —Se le escapa una risa fanfarrona—. Al salir del garito y sin venir a cuento, echó a correr diciendo que lo perseguía una mujer. El muy zumbado gritaba que la tipa lo agarraba del culo. —El dependiente usa las manos para ilustrar el extraño comportamiento de Bernie—. Ya quisiera él que una tía que no fuera su santa esposa le tocara el culo. Recuerdo bien sus palabras y su expresión de pánico. Estaba como poseído. Mientras corría, miraba hacia atrás. Temía que la mujer imaginaria le bajara los pantalones. Agitaba la mano para quitársela de encima, como si espantara las moscas. Al cabo de un rato de carreras y aspavientos, se le pasó la tontería. Era un tío estupendo. ¡Estupendo! Pero en cuanto le daba el puñetero siroco... —Se lleva el dedo índice a la sien.

—Por lo que dices, supongo que era el alcohol lo que desencadenaba esa conducta tan estrambótica.

—Seguro que sí. No tiene otra explicación. A unos borrachos les da por cantar el himno de su equipo, a otros, por pegarse con el primero que se cruza en su camino, y a Bernie le daba por espantarse las moscas del culo —explica con expresión fatalista.

—¿Sabes algo de él?

—Nada en absoluto desde hace bastante tiempo.

El dependiente se quita el anillo y lo deposita en el mostrador. Se hurga con la lengua entre los dientes, como si hubiera detectado algún resto de comida.

—Si es verdad lo que dices, y ese hombre se tiró al estanque, me parece una verdadera tragedia —se apena Harry.

—Sí, una tragedia de cojo... —corrige sobre la marcha al percatarse de que su interlocutor gasta modales finos—. De las gordas.

—En ese caso, ¿cómo procedemos con el anillo? —pregunta tras unos segundos de vacilación.

El dependiente agarra la mano de Harry, la abre, le posa el anillo en la palma y la cierra con la misma delicadeza que despliegan los magos en sus trucos.

—Es todo tuyo. No quiero saber nada de esta pieza. —Frota el dedo índice con el pulgar un par de veces—. Ya cobré por ella.

—Pero... —Harry extiende la mano con la intención de reintegrar la joya al mostrador.

El dependiente la aparta, inclina la cabeza hacia delante y mira a Harry por encima de las gafas.

—Ya te he dicho que no quiero saber nada de este anillo.

—¿Y qué voy a hacer con él? —Harry se encoge de hombros.

—Lo que te venga en gana. Es tuyo.

—Teniendo en cuenta que mi intención es devolverte una pieza que vale un dineral —replica con una tibia irritación—, creo que no eres muy considerado.

El dependiente se disculpa con una mueca.

—Guárdalo en una vitrina, regálaselo a alguien, haz lo que creas oportuno; pero llévate de aquí.

—No tengo ninguna intención de quedármelo. Ya te he dicho que contraviene mis principios.

—En ese caso... —El dependiente apoya las manos en el mostrador y clava los ojos en Harry—. Hay una tienda en Brick Lane donde venden joyas guapas de segunda mano. Cuando mis clientes andan flojos de pasta, los mando allí. Te pueden dar mil quinientas libras por él. —Alarga el cuello y mira a Harry de arriba abajo—. Aunque no tienes pinta de necesitar mil quinientas libras.

Harry se percata de que al joyero le encanta hacer comentarios personales que no vienen a cuento, pero no es momento de entrar al trapo. Su talante es más afín a la prudencia que al conflicto. En cualquier caso, nunca pensó que fuera tan difícil deshacerse de una joya.

—Me gustaría devolvérselo al dueño o, en su defecto, a su familia. Es lo mínimo que puedo hacer.

—Ya te he dicho que no sé nada de Bernie desde hace... Ufff. —Entrecierra un ojo y gesticula con la mano derecha en el aire, como si la quisiera echar a volar—. Lo menos cinco años. Lo

único que te puedo decir es que su hermano trabaja en Stratford. ¿O era Paddington? —Arrastra las gafas por el puente de la nariz con el dedo hasta pegarlas al ceño—. No, no, en Stratford. Si no ha cambiado de empleo, podrás encontrarlo en el Marks & Spencer que hay en el centro comercial situado al otro lado de la estación.

—¿Cómo se llama su hermano?

—Simon.

—Simon. Ajá. Y trabaja en el Marks & Spencer de Stratford. Bien. —Asiente con la cabeza—. Trataré de localizarlo esta misma tarde.

Harry guarda el anillo en el bolsillo de la parka. Alza las cejas a modo de despedida antes de abandonar la tienda. Tener que desplazarse hasta allí no deja de ser un contratiempo, pero la referencia al posible suicidio de ese tal Bernie le procura una comezón desagradable, al tiempo que una creciente curiosidad.

Ha comenzado a llover. Abre el paraguas y contempla la moto durante unos instantes. La lluvia choca contra el depósito y forma un archipiélago de gotas que resbalan hacia el motor. Lleva años aparcada junto a la señal de tráfico, soportando la lluvia y el frío, como si el dueño la hubiera castigado de por vida.

No tardan en surgirle algunas preguntas. La primera: ¿Quién será ese tal Bernie Morris? La segunda tiene más miga: ¿Por qué ese hombre mostraba tanto empeño en lanzarse al mar o al Támesis? La tercera no es tanto una pregunta como una consideración: si ese individuo fue capaz de hacer una cosa así, debía de estar muy desesperado.